

Anne Givaudan

# ¿Quién tira de los hilos?

*Traducción de Carmen López  
Cubierta: Amritagraphic*



1ª edición: Julio 2016 - ISBN 978-88-97951-50-6

Portada y maquetación: *Amritagraphic*

Imagen de cubierta: © *CatLane/www.istockphoto.com*

Traducción de *Carmen López*

Título original: *Ils voulaient un garçon.*

© Anne Givaudan, Plazac.

© 2016 BlossomingBooks™/Edizioni Amrita srl, Torino - Italia.

(Reservados todos los derechos para la presente edición)

BlossomingBooks es una marca registrada de:

Edizioni Amrita srl

Corso Stati Uniti, 41

10129 Torino - Italia

[www.blossomingbooks.com](http://www.blossomingbooks.com)

*Impreso en Italia por Digital Book.*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

## A NUESTROS LECTORES

Los libros que publicamos son nuestra contribución a un mundo que está emergiendo, basado en la cooperación en vez de en la competitividad, en la afirmación del espíritu humano antes que en la duda de su valor, y en la certeza de que existe una conexión entre todos los individuos. Nuestro propósito es tocar tantas vidas como nos sea posible con un mensaje de esperanza en un mundo mejor.

Detrás de estos libros hay horas y horas de trabajo, de búsqueda, de cuidado: desde la elección de qué publicar –realizada por los comités de lectura– hasta la traducción meticulosa, pasando por las investigaciones a menudo extensas y apasionantes de la redacción.

Deseamos que los lectores sean conscientes de ello para que puedan saborear, además del contenido del libro, el amor y la dedicación brindados en su realización.

Los editores



*A todas las mujeres cuyos padres deseaban un hijo.  
A todos los hombres y a todas las mujeres que quieren  
comprender a sus madres, hijas, hermanas o compañeras  
y quieren ayudarles... y por supuesto,  
a todos los padres del mundo para que esta historia  
forme parte de un pasado concluido.*



«¡Me llamo Gina Sutton! Seguramente pensaréis que este nombre pertenece a una mujer de teatro o de cine, pero no es el caso. Ni siquiera soy inglesa o americana, pues mi apellido es el de mi marido, que es americano. Mi nombre es el que mis padres me pusieron de prisa y corriendo, por no haber pensado un nombre femenino antes de mi nacimiento.

‘Ellos’ (y esta vez estaban de acuerdo), esperaban un niño con una evidencia tal que ni siquiera les vino a la cabeza que mi madre pudiera dar a luz a una niña.

De hecho Gina es el nombre de la última heroína de la serie de televisión que veían cuando me esperaban. Pero ¿alguna vez me han esperado realmente?

Es una pregunta que flota todavía dentro de mí como un perfume venenoso, portador de un dulzor agrio: el que se siente cuando aún nos preguntamos acerca del amor y sus razones, o acerca del no-amor, sin encontrar respuesta, ni bien, ni mal, únicamente algo de esa imprecisión que deja lugar a todas las suposiciones.

Bueno, el caso es que este nombre lo he conservado sin que me gustara, pues me enteré un poco más tarde, por un pariente lejano, de que la heroína de la historia acababa, tras muchas peripecias, aterrizando en el mundo lúgubre de los indocumentados. Cuando era pequeña, esta historia me aterrorizaba y me preguntaba, inquieta, si este fin ya estaba grabado en mí como una marca indeleble de nacimiento.

De hecho, la vida de la heroína de la serie no tenía nada en común con la mía, o al menos con lo que, en mi cabeza de niña, me imaginaba. Mi vida se parecía más a la de tantas otras niñas y esta es precisamente la razón de mi encuentro con vosotros».

Mis guías ya me habían prevenido:

«La cita con Gina, una mujer cuyo traumatismo es común a muchas niñas de la Tierra, es inminente. Ella ha aceptado contar su vida y sus conmociones interiores para ayudar a la curación de todas las mujeres heridas de la Tierra».

Aquella noche, tras una llamada interior que me llevó, como de costumbre, hacia planos sutiles, tuvo lugar el encuentro.

La mujer que está delante de mí se parece a una larga liana, rubia teñida, con porte altivo y cuyos gestos están marcados por una elegancia en nada sobrestimada. Vestida sencillamente con pantalón vaquero y un jersey largo de color miel, es una mezcla de mujer moderna y de aquellas que se pueden ver en los grabados de principios del novecientos, los llamados 'años locos'.

Sin embargo, un punto me llama la atención y me intriga: una pequeña marca redonda y precisa justo a la altura del corazón. No tengo ganas de hacer preguntas ahora pues, intuitivamente, sé que no es el momento.



---

## De manera aplicada Gina continúa...

«Mi madre, cuando se encontraba en sus mejores días, me contaba siempre la misma historia: la concerniente a su embarazo y parto, como si el hecho de hacerme participar activamente, como oyente, de su ‘pesadilla’, como la llamaba ella, le quitara un poco del peso que llevaba a cuestas desde mi llegada a la Tierra.

Me describía minuciosamente la ‘casi violación’ que había sufrido por parte de mi padre, “poco delicado”, como solía añadir, y los meses de vómitos que siguieron. Estaba delicada, precisaba, y la más mínima contrariedad la precipitaba a los aseos de la casa o de cualquier otro lugar público. Ante lo que yo me compadecía bajando los ojos y moviendo la cabeza, con aire de sentirlo realmente, no sabiendo qué otra cosa hacer para consolarla.

Yo no era una niña triste, pero el cuadro que dibujaba de mi nacimiento me hacía imposible la idea de traer al mundo la más mínima parcela de vida. En mi joven cerebro me imaginaba todos los horrores debidos a lo que mi madre me dejaba entrever de mis primeros momentos de vida, que yo transformaba en sueños absurdos y fantásticos durante las noches que seguían.

Mi madre no parecía para nada consciente de las perturbaciones que entonces me habitaban.

Desgraciadamente, la continuación de nuestra vida en común no se reveló mucho más divertida. Así, me di cuenta de que no contenta con estar mal y gozar de este modo de un poco de atención por parte de su marido, mi madre acabó por pasar largas horas tumbada, incapaz de hacer nada, mientras que mi futuro padre, sin duda hastiado e impotente para ayudar a su mujer, volvía cada vez más tarde y en estado de embriaguez.

Me imaginaba varios escenarios con el objetivo último de encontrar algo positivo que me concerniera, pero siempre en ese momento preciso de la historia, recibía por parte de mi madre un mensaje que no me dejaba ninguna duda:

«Tu padre y yo esperábamos un niño, de hecho todos los nombres que teníamos eran de niño y eso es lo que me permitía resistir ese embarazo», añadía con una perfecta ingenuidad.

Mi madre no era mala, simplemente se preocupaba un poco más de ella que de los demás, lo que provocaba a veces conversaciones cómicas, pues no esperaba para saber si su interlocutor había comprendido lo que decía ni si tenía una opinión acerca de la cuestión abordada. Hablaba a menudo como si estuviera sola, y la persona delante de ella podía contentarse con hacer gestos con la cabeza o con emitir exclamaciones que le eran de sobra suficientes. De hecho, lo que pensara 'el otro' le daba exactamente igual.

Al estar poco presente mi padre, mi madre hablaba, ya que le gustaba mucho, ya fuera con la vecina o con el gato, con los perros o con nosotros, sus hijos. No había ninguna diferencia.

Estaba a años luz de imaginar que las palabras que empleaba con inocencia pudieran tener algún efecto sobre alguien.

Sobre mí tenían efecto, en cada uno de los relatos que me concernían, me sentía tan atraída por lo que decía como

una mariposa de noche podía estarlo por la luz mortal de una bombilla.

Así era, y esta atracción-repulsión era tal que cada día me persuadía a mí misma un poco más de que yo era mala y no tenía valor.

Y todo esto se hacía aún más evidente cuando mi madre añadía que, el día de mi nacimiento, cuando la matrona anunció a mis padres que había nacido una niña, ella no quiso verme hasta dos días después mientras que él se fue a ahogar su pena en los bares más cercanos hasta el punto de no volver a ver a mi madre hasta el día siguiente por la noche.

Entonces me preguntaba, cada vez que la historia llegaba a este punto dramático para la niña pequeña que yo era, si habían pensado en eliminarme, o en darme a alguna mujer que pasara por allí, o incluso si habían decidido de común acuerdo quedarse conmigo porque no habían encontrado ninguna solución.

A decir de mi madre, fue esta última hipótesis por la que optaron y me los imaginaba volviendo a casa, con un paquete bajo el brazo sin saber qué hacer conmigo.

Encontraron finalmente un nombre para mí. Como ya os he dicho, Gina, que era la heroína de la serie de moda, había tenido afortunadamente el buen gusto de no llevar un nombre ridículo y me divertía, algunos años más tarde, pensando que otras chicas no deseadas habían heredado también este nombre que haría que quizá nos encontráramos un día para formar la corporación de las “niñas esperadas como niños”. Esta idea me consolaba cuando tenía la sensación de pasar al lado de mi historia...

De mi padre no sabía gran cosa. Trabajaba duro, o al menos eso pensaba yo, pues volvía siempre tarde cuando ya estaba acostada. A veces le oía, cuando aún no estaba dormida, y me gustaba su voz cálida cuyas entonaciones llegaban hasta la habitación que compartía con ellos, hasta el día en que un acontecimiento destacable cambió la situación.

El acontecimiento que a mis dos años puso fin a la cohabitación de los tres fue el fruto de una interpretación errónea por ambas partes.

Esa noche empezaba a quedarme dormida cuando un ruido extraño me sacó de mi sueño, una mezcla de soplido y de chirrido, un trajín poco habitual que provenía de la cama de mis padres.

Curiosa, me incorporé de la cuna y, gracias a la magia del espejo del armario que se encontraba frente a mí, vi un espectáculo que me pareció horrible. Papá, que en aquella época me parecía enorme, intentaba asfixiar a mamá tumbándose sobre ella mientras que esta luchaba e intentaba salir de la cama. Me sentí impotente para ayudarla y aterrorizada con la idea de que papá iba a matarla. Mamá me decía que a veces papá no sabía lo que hacía y me imaginaba que se trataba de uno de esos momentos de locura. Yo ya había oído a papá chillar fuerte y en esos momentos tenía mucho miedo de él.

No sabiendo qué hacer, desesperada, me puse a llorar e incluso a gritar, lo que me valió ser llevada inmediatamente a la habitación contigua hasta que finalmente me calmé.

Acabé por dormirme de agotamiento, pero al no haber tenido ninguna explicación, me forjé la idea de que ser una mujer era una debilidad y que ese sexo estaba destinado a ser la víctima de los hombres.

La habitación a la que mi padre me llevó esa noche fue la mía a partir de ese momento, y viví ese acontecimiento como una forma de aislamiento provocado por mi sobresalto.

Yo era muy pequeña, y sin embargo tengo el recuerdo muy claro de haber decidido aprender ese día a no volver a dejar que mis emociones se mostrasen.

Nueve meses más tarde nació mi hermano lo que fue dignamente celebrado mientras que yo me sentía más insignificante que nunca. El día en que mi madre volvió a casa con el recién nacido, yo refunfuñaba en un rincón de

mi habitación. Esa fue una de las raras ocasiones en que mi padre me cogió en sus brazos y, levantándome del suelo, me llevó frente al recién llegado con la loable intención de presentármelo.

«Hace falta un boceto para crear una obra de arte», dijo mi padre bromeando a una vecina que venía a ver a mi hermano y a mi madre, mientras que yo meditaba acerca del atributo de 'boceto' que parecía designarme.

No sabía qué hacer para llamar la atención de mis padres. Nunca era el buen momento de cogerme en brazos, ni el momento de escucharme; mi madre estaba muy ocupada con el que a partir de ahora llevaría los apellidos de la familia, mi padre con su trabajo y con las nuevas responsabilidades que le incumbían. Con tres años tenía que ser grande, razonable y en la medida de lo posible invisible o transparente. El mensaje había sido recibido, e incluso si no se trataba de una realidad objetiva, al menos era así como yo lo había interpretado.

Mi hermano ocupaba mi lugar en la habitación de mis padres y, muy pronto, tuve ganas de deshacerme de él imaginándome sórdidos planes en los que le empujaba por la ventana del primer piso, haciendo creer a todos que había hecho todo lo posible para evitar el accidente. Afortunadamente no era nada más que virtual y mis escenarios pronto dejaron de divertirme a causa de un acontecimiento mucho más agotador para mí que concernía mi nueva habitación.

Tenía la impresión de que esta olía a moho y el papel de flores de la pared era muy viejo, pero lo que más me aterrorizaba se situaba en el techo de esta habitación, justo encima de mi cuna. Cada noche, cuando mi madre se iba después de haberme depositado en mi cama y haber cerrado la puerta tras ella, yo me quedaba tumbada boca arriba y lo que veía me aterrorizaba hasta el punto de esconderme debajo de las sábanas sin que me atreviera a moverme ni un solo milímetro.

Allí, justo encima de mi cuna, hacia el techo, parecía suspendido en el aire un bebé que se parecía a mi hermano el día en que salió de la maternidad, pero más pequeño, y con una mirada lúgubre que me dejaba absolutamente petrificada ¡Qué miedo tenía! Miedo de que ese bebé cayera sobre mí, que me hiciese daño, miedo pues no tenía ni idea de lo que ese bebé de mirada extraña hacía ahí.

A veces, conseguía salir de la parálisis y empezaba a gritar de tal forma que mi padre subía las escaleras corriendo, luego, tranquilizado al verme con vida me propinaba un azote magistral para que, según decía él, aprendiera a chillar por una buena razón. En esos momentos, yo sabía que no podía confiar en los adultos y que sería mejor que me las arreglara yo sola.

Esta visión duró aproximadamente tres años y, con el paso de los meses, llegué a la conclusión de que el bebé no se caería por sí solo y que podía dormir tranquila. Cada mañana desaparecía con la aparición de los primeros rayos de luz hasta el día en que, de vuelta del colegio, escuché una conversación entre mi madre y la vecina.

Las dos, mujeres fuertes y acostumbradas a trabajar, tendían ese día la colada de la semana y aprovechaban para conversar entre dos cuerdas y algunas pinzas de madera. El barreño de plástico rojo estaba sobre la hierba, mientras que mi madre continuaba una conversación sin darse cuenta de mi presencia.

«Antes de Gina perdí un varón casi al final del embarazo y creo que, si hubiera nacido, ni Gina ni su hermano estarían aquí. Para mí fue terrible y creo que desde ese día ya no soy la misma...».

Para mí fue una revelación, una evidencia que explicaba por fin lo que veía en el techo de mi habitación. Supe en ese instante y de manera muy clara que mi madre hablaba del bebé suspendido por encima de mi cama. Acababa de quitarme un peso de encima y me sentí de repente tan ligera y feliz que me precipité hacia ella. Sin entender

nada, pero con una sonrisa, me cogió en sus brazos. Era lo único que realmente necesitaba en ese momento.

Esa noche, como por arte de magia, el bebé no volvió a flotar por encima de mi cama. Esperé todavía dos, luego tres días antes de rendirme ante la evidencia de que ya no volvería. Mi sueño volvió a ser más tranquilo y pensé que por fin iba a poder respirar mejor. Eso era sin contar con las sorpresas que la vida me reservaba y que no iban a tardar en demostrarme de que nada se detendría nunca».